

Amar a la Iglesia
Esposa de Cristo y nuestra
madre

Carta Pastoral
del Obispo de Valdivia
+Ignacio Ducasse Medina

— |

|

| —

— |

|

| —
=

Amar a la Iglesia
Esposa de Cristo y nuestra
madre

Carta Pastoral
del Obispo de Valdivia
+Ignacio Ducasse Medina

*“Cristo amó a la Iglesia
y se entregó a sí mismo por ella
para consagrarla a Dios,
purificándola por medio del agua y
la palabra.
Se preparó a sí mismo una Iglesia
esplendorosa,
sin mancha ni arruga ni cosa pare-
cida,
una Iglesia santa e inmaculada”*

(Ef 5, 25-27)

IV

Gilbert K. Chesterton (1874-1936), conocido escritor británico, convertido al catolicismo escribe en su autobiografía:

“Cuando la gente me pregunta a mí o a cualquier otro: ‘¿Por qué os habéis unido a la Iglesia de Roma?’, la primera respuesta es: ‘Para librarme de mis pecados’. Porque no existe ningún otro sistema religioso que declare verdaderamente que libra a la gente de los pecados. (...) Sólo he encontrado una religión que se atreva a bajar conmigo a las profundidades de mí mismo”

V

Beato Isaac (1100-1169 aproximadamente), abad del monasterio cisterciense de Stella. Escritor medieval latino.

“No hay cuerpo sin cabeza ni cabeza sin cuerpo, ni Cristo total, cabeza y cuerpo, sin Dios... No quites la cabeza al cuerpo ni el cuerpo a la cabeza. Así no podría estar el Cristo total en ninguna parte. En ningún sitio está Cristo entero sin su Iglesia. En ningún sitio está entera la Iglesia sin Cristo. Porque el Cristo entero e integral es cabeza y cuerpo”

Amar a la Iglesia

Esposa de Cristo y nuestra madre

Introducción

extraños. Si es posible, saldré en su defensa, los defenderé. Si me cubren de vergüenza, esconderé esa vergüenza en mi corazón y callaré. Y piense entonces de ellos lo que piense, no haré jamás de testigo de cargo. Un marido no va de casa en casa para contar él mismo a los vecinos que su mujer es una pelandusca: no pondría así su honor a salvo. Como su esposa es alguien de su casa, no puede levantarse contra ella. Más bien, una vez llegado a casa, dará rienda suelta a su cólera».

III

En el Museo de Letrán se conservan dos fragmentos de la célebre *inscripción de Albercio*. Un cristiano de Gerápolis, en Asia Menor, quien hizo grabar en piedra, a fines del siglo II, un epitafio. En él, cuenta lo que vio en sus viajes por el mundo.

«Mi nombre es Abercio, y soy discípulo de un venerable Pastor [...]/ Éste me enseñó las Escrituras fieles/ y me envió a Roma a contemplar la majestad soberana,/ a ver a una reina con vestiduras de oro y zapatos de oro./ Vi también un pueblo que tenía un magnífico sello [...]/ En todas partes encontraba hermanos./ Llevaba por compañero a Pablo y la fe me guiaba por doquier./ En todas partes ella me proporcionó como alimento/ un pez de aguas de manantial,/ grandísimo, purísimo, pescado por una virgen inmaculada./ Ella [la Iglesia] lo daba a comer incesantemente a los amigos;/ ella posee un vino delicioso que ofrece junto con el pan»./

*Quiero ver a mis hermanos aprendiendo/ y enseñando
al mismo tiempo,/ Iglesia de un solo Señor y Maestro,/
Iglesia de la Palabra/ e Iglesia de los Sacramentos./
Amo a la Iglesia de los Santos/ y de los pecadores,/
Amo a esta Iglesia ancha y materna/ no implantada
por decreto,/ la Iglesia de los borrachos sin remedio,/
de los divorciados creyentes,/ de las prostitutas/ que
cierran su negocio el triduo santo./ Amo a la Iglesia de
lo imposible,/ la Iglesia de la esperanza a los pies de la
mujer,/ la Santa Madre María;/ Amo a esta Iglesia de la
amnistía,/ la Santa Iglesia de todos los días./ Amo a la
Iglesia de Jesucristo/ construida en firme fundamento;/
en ella quiero vivir/ hasta el último momento.*

Amén.

II

Todos hemos de pedir perdón a Cristo por los juicios ligeros y por las ofensas que hemos hecho a su esposa, la Iglesia, y por tanto, a Él mismo. Intentemos decirle a un hombre realmente enamorado que su esposa es fea, o que es una 'cualquiera' y comprobaremos. **A. de Saint-Exupery (1900-1944)**, aviador y escritor, hablando de su propia patria, Francia, en un momento oscuro de su historia durante la segunda guerra, escribe en *'Piloto de guerra'*:

«Pues que soy uno de ellos, yo no renegaré de los míos, hagan lo que hagan. No hablaré contra ellos delante de

Amar a la Iglesia

Esposa de Cristo y nuestra madre

Queridos hermanos y hermanas:

De los cuatro ejes fundamentales propuestos para el período pastoral 2015-2020, en nuestras Orientaciones Pastorales: **“Una Iglesia que escucha, anuncia y sirve”**, hemos trabajado el año recién pasado sobre el eje fundamental *“El laicado”*; este año 2017, lo haremos sobre un segundo eje fundamental: *“Vocaciones y ministerios”*. Ambos ejes fundamentales o temáticos solo se pueden entender desde la Iglesia y dentro de ella. Cada uno de nosotros, desde el día en que fuimos bautizados, formamos parte de la gran familia de la Iglesia, somos sus hijos, ella es nuestra madre y, dentro de ella, cada uno tiene su ubicación y su misión específica. Nadie puede sentirse excluido de ella y tampoco nadie puede sentirse dispensado de su tarea evangelizadora.

Para poder comprender nuestra vocación eclesial, cualquiera que sea la vocación específica de cada uno y del ministerio o servicio que realicemos dentro de ella, es que les comparto esta pequeña Carta pastoral con el fin de ayudar a vivir nuestro

bautismo con alegría fraterna, madurez espiritual y fecundidad apostólica; en otras palabras, en actitud discipular misionera.

Muchas veces la Iglesia, considerando que la formamos seres humanos, es representada solo por sus aspectos externos, por su institucionalidad visible. Pero la Iglesia no es solo eso. Algunos medios de comunicación social tienden a subrayar sobre todo las noticias negativas, están a la búsqueda continua de escándalos; también nosotros muchas veces caemos en dar crédito a lo primero que escuchamos y no verificamos lo oído a través de los canales adecuados. La realidad siempre tiene muchos matices y la Iglesia no es excepción; su realidad es mucho más compleja, como también es mucho más hermosa. Sin embargo, hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece. Sin embargo, la belleza del bosque solo se aprecia adentrándose en él, atravesándolo, conociéndolo, respetándolo, amándolo.

La presente Carta pastoral quiere ser una sencilla invitación a mirar nuestra Iglesia –tanto diocesana como universal- para amarla y estando en su interior sentirnos dentro de ella como dentro de nuestra propia familia. “Ama a tu padre, pero no más que a Dios, ama a tu madre, pero no más que a la Iglesia, ella te ha generado para la vida eterna... Amamos, por tanto, al Señor nuestro Dios, amamos a su Iglesia, a él como Señor, a ella como esclava,

la ciudad justa/ con sudores humanos, con el credo corto/ de los Apóstoles.

Amo a la Iglesia Esperanza y Memoria,/ a la Iglesia que camina/ y a la Iglesia de la Santa Nostalgia/ sin la cual no tendríamos futuro./ Amo a la Iglesia del Verbo duro/ y del corazón blando./ Amo a la Iglesia del Derecho y del Perdón,/ la Iglesia del precepto y de la compasión,/ jurídica y carismática, corporal y espiritual,/ maestra y discípula, jerárquica y popular.

Amo a la Iglesia de la interioridad,/ la pudorosa Iglesia de la indecibilidad;/ amo a la Iglesia sincera y tartamuda,/ la Iglesia enseñante y escuchante/ la Iglesia audaz, creadora y valiente/ a la Santa Iglesia convaleciente./ Amo a la Iglesia perseguida y clandestina,/ que no vende su alma al dinero omnipotente./ amo a la Iglesia tumultuosa/ y a la Iglesia del susurro de cantos milenarios./ Amo a la Iglesia testimonial/ y a la Iglesia herida de sus luchas interiores/ y exteriores./ Amo a la Iglesia post – conciliar/ que va de la mano, respetablemente,/ de la Santa Iglesia tradicional./ Amo a la iglesia de la serena ira,/ a la Iglesia

de Irlanda y de Polonia/ de Guatemala y del Salvador,/ a la Iglesia de los postergados/ y a la Iglesia multitud de marginalizados./ No quiero una Iglesia de aburrimiento/ quiero una Iglesia de ciudadanía/ de pobres en su casa, de pueblos en fiesta / de espacios y libertades.

*Vino el Obispo y el Sacerdote,/ la Palabra que horada/
y penetra las raíces de la vida;/ juntaba pueblos, despertaba
a los dormidos;/ llamaba a la oración,/ a llorados perdones
de contricción./ Remecida de testigos, la Iglesia – comunión/
argüia, incomodaba,/ convidaba/ a la vasta corriente de
la paz,/ a los riesgos misioneros,/ a las selvas del Congo,/ al
seguimiento del Amigo;/ la Iglesia del corazón limpio,/ la Iglesia
del camino estrecho,/ la bella Iglesia de la vida, / la Santa Iglesia
de todos los días.*

*Y el Papa de nuestra Fe, en mi corazón joven, / apuntando
a la justicia,/ traduciendo las bienaventuranzas, /abriendo
vastos horizontes,/ prolongando nuevas andanzas/ y rostros
ignorados y pueblos heridos/ de quemantes abandonos:/el
Papa de todas las lenguas,/ de urgentes problemas, de infinitas
confianzas;/ el Papa de la Iglesia de todos los días
y los mandamientos de su sabiduría.*

*Escuchen, que viene por las calles,/ la Iglesia de las grandes y
pequeñas procesiones/ la vieja heroica de amar;/ entre rezos y
devociones./ Desde sus andas multicolores/ los Santos le preguntan
sus perdones,/ porque crió los hijos que no eran suyos/ y rezó por
muertos que la humillaron/ y vivió tan pobre sin voto de pobreza/
y dio la mitad de lo que no tenía./ Va en la procesión, feliz, detrás
del anda:/ los Santos la miran desde su baranda/ diferente en su
teología /esta humilde Iglesia de todos los días.*

*Amo a la Iglesia de la diversidad,/ la difícil Iglesia de la unidad./
Amo a la Iglesia del laico y del cura,/ de San Francisco y Santo
Tomás,/ la Iglesia de la Noche Oscura/ y la asamblea de
larga paciencia./ Amo a la Iglesia abierta a la ciencia/
y esta Iglesia modesta con olor a tierra/ construyendo*

porque somos hijos de una esclava. Pero un gran amor hace fuerte esta unión; nadie puede ofender a uno sin ofender al otro”, nos enseñaba san Agustín (359-430).

Desde tiempos muy antiguos la Iglesia es concebida como una gran familia en la cual los hijos nacen, crecen, son educados y se desarrollan. El nacimiento de un hijo es obra común del padre y de la madre. El padre de los cristianos es el Padre del cielo, a la Iglesia, por tanto, le corresponde el título de madre. Por ello dice san Juan Crisóstomo (344-407) dirigiéndose a los nuevos bautizados: “Me complace llamarles hermanos, porque la Iglesia los ha generado, los abrazo como miembros de la familia”.

La presente Carta, podría ser una especie de álbum fotográfico que nos permitiera recuperar a través de la memoria, una historia tan hermosa como bella puede ser solo la vida, de la cual se ha perdido un poco el recuerdo por la onda invasiva de otras imágenes, retocadas en un moderno computador.

Consideraré, de la masa de fotogramas que fijan la vida de la Iglesia en dos mil años de historia, solo algunos; algo así como un fotógrafo que prepara un álbum de bodas seleccionando solo algunas imágenes.

Pasar las hojas de este álbum de familia no quitará mucho tiempo: a través de algunas páginas de la

Escritura, de los Padres de la Iglesia y del concilio Vaticano II podremos ver el rostro de nuestra madre, la hermosa esposa de Cristo, con el fin de suscitar nuestro amor hacia ella, aprender a sentir y sufrir con ella, viviendo en su interior la propia vocación recibida por parte del Señor, vocación que hay que poner al servicio de la misión evangelizadora que a todos, sin excepción, como Iglesia, por el solo hecho de estar bautizados, se nos ha confiado.

Para continuar la reflexión

Sugiero algunos textos que podrán ayudar a profundizar la reflexión sobre la Iglesia y, sobre todo, es mi deseo, que ayude a purificar el afecto por nuestra Iglesia para amarla como nuestra madre.

I

Esteban Gumucio V. (1914-2001), religioso sacerdote de los Sagrados Corazones, poeta. Escribió el poema 'La Iglesia que yo amo' como regalo al **Sr. Cardenal Raúl Silva Henríquez** con motivo de sus veinte años como Arzobispo de Santiago. Extractamos algunas estrofas de dicho poema:

La Iglesia que yo amo es/ la Santa Iglesia de todos los días./ La encontré, peregrina del tiempo,/ caminando / a mi lado, / la tuya, / la mía, / la Santa Iglesia de todos los días.

La saludé primero en los ojos de mi padre,/ penetrados de verdad;/ en las manos de mi madre,/ hacedoras de ternura universal./ No hacía ruido, no gritaba./ Era la Biblia del velador,/ y el Rosario/ y el tibio cabeceo/ del Ave María./ La Iglesia que yo amo,/ la Santa Iglesia de todos los días.

Por el bautismo soy hijo de esta Iglesia –en el aquí y ahora-, entonces, cómo hacerla crecer y servirla mejor, por ejemplo:

- *¿Cómo fiel laico o laica, discípulo misionero de Cristo, siendo luz que ilumine en el campo profesional, laboral, familiar... en la actualidad?*
- *¿Cómo consagrado o consagrada, discípulo misionero de Cristo, siendo testigo del Padre de la misericordia y animador de la esperanza en la sociedad de hoy?*
- *¿Cómo diácono, discípulo misionero de Cristo, siendo servidor de la Palabra, de la eucaristía y de la caridad de todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo?*
- *¿Cómo sacerdote, discípulo misionero de Cristo, siendo un verdadero pastor llevando a los hombres y mujeres el pan de la Palabra, el de la eucaristía y el del perdón?*

I *Dios creador y esposo*

De la Iglesia se ha hablado y escrito a través de muchas imágenes: cuerpo de Cristo, pueblo de Dios, templo del Espíritu Santo; algunas imágenes han sido tomadas de la vida pastoril: redil, rebaño, grey; otras del mundo de la agricultura: viña, campo o arada del Dios; otras de la construcción: edificio, casa, habitación, tienda, templo, ciudad (cf. LG 6). 1

Cada una de estas imágenes de la Iglesia pone de relieve un aspecto de esta realidad tan asombrosamente rica que es la Iglesia, pero ninguna de ellas la agota, ninguna la define ni la contiene por entero; la iluminan desde diferentes ángulos, pero la realidad misma se nos escapa de las manos. **La Iglesia es un misterio al que solo podemos asomarnos, porque entrar en su profundidad no ha sido dado por completo a los hombres.** 2

En la presente Carta contemplaremos a la Iglesia como esposa de Cristo y madre nuestra. La Iglesia como esposa tuvo un relieve especial en la eclesiología de los Santos Padres. *“Con ella expresaron el vínculo que existe entre Cristo y su Iglesia y el amor que lleva a Jesús hacia la Iglesia y a la Iglesia hacia su Señor... La Iglesia es esposa que espera, esposa que ama, esposa que* 3

tiende las manos hacia la plena comunión con su esposo”
(Karl Rahner, s.j., 1904-1984).

- 4 El amor de Dios por su pueblo es narrado por el Primer Testamento a través de la imagen de las nupcias entre Dios y su pueblo. El grito estridente de los profetas contra Israel que ha abandonado el camino del Señor para seguir otros dioses está modulado por el vocabulario de la traición, de la infidelidad, del adulterio. La conversión y el retorno al Señor inspiran páginas de extraña intensidad, donde Dios es presentado como el esposo que recoge a su esposa y renueva su amor.
- 5 El profeta Ezequiel relata la historia de Israel identificando Jerusalén y Samaria, la capital del reino de Israel y del reino de Judá, con dos mujeres, hijas de la misma madre, que se han prostituido en Egipto desde su juventud, pero que el Señor había hecho suyas y le habían dado hijos e hijas antes de enamorarse a sus amantes y huir con ellos (cf. Ez 23,1-10). La infidelidad a la Alianza es descrita como pretexto, intriga, traición de una esposa que, abriendo la casa a sus amantes, entrega los hijos al exilio y a la muerte y hace recaer la infamia sobre la casa de Israel. Por eso dice el Señor: *“Puesto que me has olvidado y me has dado la espalda, carga ahora con el peso de tu libertinaje y tus prostituciones”* (Ez 23,35).
- 6 Pero el celo de Dios no conduce al repudio: en una estupenda página del profeta Oseas, Dios es el esposo traicionado que intenta reconquistar a

Para reflexionar e interiorizar

Al finalizar la lectura de esta Carta pastoral le invito a hacerse, entre otras, las siguientes preguntas:

- *¿Qué es lo que evoca en mí al primer sonido la palabra ‘Iglesia’? ¿Vaticano?, ¿jerarquía?, ¿moral?...*
- *¿Qué es la Iglesia para mí? ¿Es de verdad una madre?*
- *¿Amo yo a la Iglesia?*

servicio, del diálogo y la misericordia, sin duda, crecerá nuestra credibilidad como familia, como Iglesia.

48 Esta es la Iglesia que yo amo, Iglesia peregrina, en cuyo seno he nacido, Iglesia en la que vivo, en la que sirvo como pastor al servicio de todos ustedes y en la que espero morir para vivir eternamente en el seno de la Iglesia celeste, junto a tantos hermanos y hermanas que nos han precedido en la vida de fe, de esperanza y caridad, y junto a María Virgen y Madre, en cuyas rodillas aprendí a amar a la Iglesia como mi madre.

49 Que María, N. S. del Rosario y Madre de la Iglesia, nos ayude en su Hijo a ser y vivir como auténticos hijos del Padre y a convencernos de que *“nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre”* (S. Cipriano, 200-258).

Les bendice con afecto de pastor,

Ignacio Ducasse Medina
Obispo de Valdivia

Valdivia, 31 de mayo de 2017

Fiesta de la Anunciación de la Virgen María

su esposa: *“Por eso yo la seduciré; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón... Aquel día, oráculo del Señor, me llamarás ‘Mi marido’ y no me llamarás ‘Mi propietario’... Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré en justicia y en derecho, en amor y en ternura; te desposaré en fidelidad y tú conocerás al Señor”* (Os 2, 16.18.21-22). Jeremías se hace eco de esta visión afirmando que Dios no olvida el amor del tiempo del enamoramiento, cuando Israel lo seguía en el desierto (cf. Je 2,20): *“Con amor eterno te amo, por eso te mantengo mi favor”* (Je 31,3).

El libro del profeta Isaías relata el retorno del exilio como un nuevo inicio de la historia de amor entre Dios y su pueblo: *“Canta de alegría, estéril, tú que no dabas a luz; rompe a cantar de alegría y de júbilo, tú que no conocías los dolores del parto, porque serán más los hijos de la abandonada que los hijos de la casada, dice el Señor... No temas, no quedarás en ridículo; no serás ofendida ni avergonzada. Olvidarás la vergüenza de no tener marido, dejarás de recordar la humillación de ser viuda; pues tu esposo es el que te hizo, su nombre es el Señor todopoderoso;... Como a mujer abandonada y afligida, el Señor te llama de nuevo. ¿Puede ser rechazada la esposa tomada en la juventud? -dice el Señor-. Por un breve instante te abandoné, pero ahora te recibo con inmenso cariño. En un arrebato de enojo me oculté de ti por un momento, pero el amor con que te amo es eterno, -dice el Señor, el que te rescata-”* (Is 54,1-8).

Es difícil encontrar un texto literario con tal concentración de términos del vocabulario

nupcial. La insistencia sobre la relación sponsalicia demuestra como dicho vocabulario sea particularmente adecuado para significar el pacto de alianza entre Dios y su pueblo: pacto que implica –y pretende– un amor “con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (Dt 6,5). Dios no quiere otra cosa que amar a Israel como ama un esposo a su esposa. El profeta no encuentra otra imagen para expresar el esplendor de Jerusalén, reconstruida después de la traumática experiencia del exilio, que el gozo pleno del esposo que se pone la diadema, de la esposa que se adorna con sus joyas (cf. Is 61,10): “Ya no te llamarán ‘Abandonada’ ni a tu tierra ‘Desolada’, sino que te llamarán ‘Mi preferida’ y a tu tierra ‘Desposada’, porque el Señor te prefiere a ti y tu tierra tendrá un esposo. Como un joven se casa con su novia, así se casará contigo tu constructor; como se alegra el esposo con su esposa, así se alegrará contigo tu Dios” (Is 62,4-5). Es la coronación de aquel itinerario del amado y de la amada narrado en el Cantar de los cantares, en el cual Israel leerá el amor de Dios por su pueblo y los Santos Padres el amor de Cristo por su Iglesia, su esposa.

- 9 No cabe duda que este no es el único modo de decir y expresar el amor de Dios por Israel. Dios es el pastor que guía a su grey, el agricultor que cuida su viña, el héroe valeroso que defiende a su pueblo, el padre que se inclina hacia su hijo. Esta imagen es muy tierna porque sus gestos son aquellos de la

manera da vida, unidad y movimiento a todo el cuerpo, que los Padres pudieron comparar su función a la que realiza el alma, principio de vida, en el cuerpo humano” (LG 7). Por ello, hasta el fin de la historia, “el Espíritu y la Esposa dicen: ‘¡Ven!’” (Ap 22,17). Es esta la esposa más hermosa, porque es madre de tantos hijos que caminan hacia los “cielos nuevos y la tierra nueva en los cuales habita la justicia” (2Pe 3,15), en el humilde seguimiento del “más bello entre todos los hombres” (Sal 45,3), convertido en el “primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,29), y que “amó a la Iglesia y se entregó por ella” (Ef 5,25).

Hermanos y hermanas, en el seno de esta Iglesia **47** que ha surcado mares y ríos, cruzado desiertos y valles, caminado por ciudades y campos, que se ha encandilado con el poder y ha sufrido humillaciones; la que los Santos Padres llamaron *casta meretrix*, para designarla como santa y pecadora, como hermosa pero llena de arrugas, como esposa sin mancha pero deshonrada por la presencia de pecadores en su seno, prostituta pero virgen. **¡Es nuestra madre!** En ella hemos nacido, alejarnos de ella es hacer desesperadamente inasequible el encuentro con el Señor. Entonces **¿cómo no amarla, cómo no quererla, por qué criticarla o atacarla como a una extraña?** Si nos presentamos hoy en medio de la sociedad en que vivimos con el verdadero rostro de nuestra madre: el rostro del amor y del

palabras, sino con obras, con la vida- colocar en nuestro álbum de familia: una Iglesia recogida en oración pero con los pies en la tierra, invocando un nuevo Pentecostés pero “en salida”. Porque hoy como ayer,

*“Sin el Espíritu Santo Dios está lejano,
Jesucristo permanece en el pasado,
el Evangelio es letra muerta,
la Iglesia es una simple organización,
la autoridad una dominación,
la misión una propaganda,
el culto una evocación,
y el actuar cristiano una moral de esclavos.*

*Pero con el Espíritu Santo
el cosmos es exaltado y gime hasta dar a luz el Reino,
el Cristo resucitado está presente,
el Evangelio es una potencia de vida,
la Iglesia significa la comunión trinitaria,
la autoridad es un servicio liberador,
la misión un nuevo Pentecostés,
la liturgia un memorial y una anticipación,
el actuar humano es deificado”*

(Patriarca de Antioquia, Ignacio IV, 1920-2012)

46 De esta imagen de Iglesia todo se puede decir, menos que sea un fotomontaje: porque “*Para renovarnos sin cesar en Él nos dio su Espíritu, que es el único y el mismo en la Cabeza y en los miembros. Este de tal*

madre: “*Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo... Fui yo quien enseñé a andar a Efraín, y lo tomé en mis brazos... Con cuerdas de ternura, con lazos de amor los atraía; fui para ellos como quien levanta un niño hasta sus mejillas o se inclina hasta él para darle de comer... todas mis entrañas se estremecen*” (Os 11,1-11). El estremecimiento apunta a la unidad de relación que la madre establece con la creatura que lleva en su vientre durante el tiempo de la gestación: “*Tú formaste mis entrañas, me tejiste en el vientre de mi madre. Te doy gracias porque eres sublime, tus obras son prodigiosas. Tú conoces lo profundo de mi ser*”, exclama David en el salmo (138,13-14). **En todos los casos, sin embargo, es la fidelidad incontrollable de Dios la que se pone en evidencia como motivo recurrente que acompaña toda la historia del pueblo elegido.**

II

¡He aquí el esposo!

- 10 En el Nuevo Testamento el cumplimiento de las promesas de Dios es descrito en las parábolas con la figura de un rey que celebra fiesta por las bodas de su hijo: “*vengan a la boda*”, es el grito que se eleva para convocar a los invitados (cf. Mt 22,2-4); y si estos lo rechazan porque tienen otros asuntos que atender, serán entonces los pobres y los inválidos, los ciegos y los lisiados los que entrarán al banquete (cf. Lc 14,21); serán las vírgenes prudentes las que acompañarán al esposo, porque junto a la lámpara han llevado aceite de repuesto (cf. Mt 25 1-13).
- 11 Los evangelios reportan todas las intervenciones de Juan Bautista que no se siente digno de inclinarse ante Jesús “*Yo no soy digno ni de postrarme ante él* (Jesús) *para desatar la correa de sus sandalias*” (Mc 1,7). El gesto pertenece al derecho familiar semítico, evocado también por los saduceos cuando querían poner a prueba a Jesús: ¿de quién será esposa la mujer que se ha casado con siete hermanos, todos muertos sin descendencia? (cf. Mc 12,18-27). En efecto, la ley del levirato obligaba al hermano o al pariente más cercano a casarse con la viuda de un hombre que hubiese muerto sin dejar hijos, para evitar que su nombre fuera borrado de Israel. Como en aquellos tiempos la esterilidad de una mujer, la extinción de

amor y de unidad, lo asume también como instrumento de redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra” (LG 9).

La fuerza de la Iglesia, como en los primeros siglos, vuelve a ser el testimonio: sin él el cristianismo se hace irrelevante, marginal. La fuerza profética del Evangelio se logra cuando la comunidad de los discípulos misioneros se convierte en ‘*evangelio vivo*’. Pero esto no depende solo de cada uno en particular; depende del coraje de ser Iglesia, comunidad de hermanos y hermanas que testimonian la común regeneración en Cristo y manifiestan la igual dignidad de hijos de Dios con el mandamiento del amor. Son, sin duda, importantes los planes pastorales, la planificación, los itinerarios de formación y todo lo que una comunidad logre en función de una pastoral más ‘eficaz’; pero lo que realmente hace nueva a la Iglesia es el mandamiento antiguo, que hemos recibido desde el principio, es decir, la Palabra que hemos escuchado (cf. 1Jn 2,7). **La reforma de la Iglesia es siempre un retorno a los orígenes** (*revertet ad fontes*), la búsqueda simple y esforzada de tener “*un solo corazón y una sola alma*” (Hch 4,32), “*perseverantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones*” (Hch 2,42).

Esperamos que esta sea la imagen de Iglesia que nosotros, discípulos misioneros de hoy, desde estas tierras australes, hayamos decidido –no con

fue puesto en discusión, en particular aquellos de autoridad, sobre los cuales se apoyaba toda la sociedad, en particular la Iglesia que fue investida por la contestación, que se adentró en su propio interior. En nombre del Concilio se enseñaron novedades a todo precio, confundiendo a los hermanos, muchos de los cuales abandonaron la casa. **No podía ser de otra manera, después de siglos en que la Iglesia había permanecido refugiada en posiciones de defensa, sin o con poco diálogo con el mundo. Pero decir que todo ello fue causado por el Concilio es una deformación inaceptable. Es más, se ha dicho que el Espíritu había providencialmente preparado a la Iglesia a un choque sin precedentes.**

- 43 Después de algo más de cincuenta años de aquel profético acontecimiento eclesial, el tiempo ha permitido mirar un horizonte más nítido para comprender una nueva experiencia eclesial. Una vuelta al pasado es impensable, simplemente porque aquel mundo no existe más. El tiempo de la cristiandad ha pasado. Hoy existe un mundo globalizado, donde el pluralismo cultural y religioso es un elemento esencial de la convivencia humana. En este nuevo contexto, *“este pueblo mesiánico, aunque de hecho aún no abarque a todos los hombres y muchas veces parezca un pequeño rebaño, sin embargo, es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Cristo hizo de él una comunión de vida, de*

la estirpe era considerada una maldición, una marca de infamia: *“No me has dado descendencia, y mi heredero va a ser uno de mis criados”*, se lamenta Abrahán con Dios, que le promete una descendencia como las estrellas del cielo (Gn 15,3). *“Cuando hayas llegado al final de tu vida y descanses con tus antepasados, mantendré después de ti un descendiente salido de tus entrañas y consolidaré su realeza”* (2Sam 7,12), es la promesa de Dios a David.

Es Juan *“el Bautista”* el que reconocerá al hijo de David tan esperado, el vástago germinado del tronco de Jesé, sobre el cual se ha posado el Espíritu del Señor (cf. Is 11,1): *“Yo los bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego”* (Lc 3,16). Desatar las sandalias significaba reconocer e indicar a aquel que tenía derecho al lecho conyugal de la esposa; el Bautista, al decir que no le corresponde a él desatar los cordones de las sandalias, está diciendo al mismo tiempo no ser él el Mesías esperado, y de reconocer en Jesús a aquel que debe venir, el esposo que dará a Dios una descendencia numerosa *“como las estrellas del cielo y como la arena de las playas”* (Gn 22,17). Él (el Bautista) es el *“amigo del esposo”*, quien tiene la tarea de acompañar a la esposa a la casa del esposo: *“La esposa pertenece al esposo. El amigo del esposo, que está junto a él y lo escucha, se alegra mucho al oír la voz del esposo; por eso mi alegría ha llegado a su plenitud. Es*

12

necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,29-30).

Así la misión de Jesús puede ser descrita como el tiempo de las nupcias: “¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?” (Mc 2,19). Más bien, Jesús muestra estupor ante la ceguera culpable de quien se obstina a no ver los signos de la salvación: “Hemos tocado la flauta y no han bailado, hemos entonado lamentaciones y no han llorado. Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: ‘Está endemoniado’. Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Abí tienen un comilón y un borracho, amigo de recaudadores de impuestos y pecadores” (Mt 11,17-19). Jesús sentado a la mesa con los pecadores es figura del banquete celestial al que todos somos invitados, sin ninguna exclusión: “los publicanos y las prostitutas les precederán en el reino de los cielos” (Mt 21,31).

- 13 Y si la misión de Jesús encuentra hostilidad creciente de una “generación adúltera y pecadora” (Mt 8,38), será en la cruz, signo extremo de la fidelidad de Dios al ser humano, que serán finalmente celebradas las bodas entre Dios y su pueblo. En la Última cena, anticipo del banquete escatológico, Jesús sella la nueva y eterna Alianza en su sangre: “Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero” (Ap 19,9), que exhorta a la alabanza a todos aquellos que han sido salvados: “Alegrémonos y regocijémonos y demosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero. Está engalanada su esposa, vestida de lino puro, brillante” (Ap 19,7-8). En el Calvario se cumple la palabra del Cantar de los

VII

La Iglesia que queremos

Si bastara con escribir documentos para modificar una mentalidad radicada por siglos, el rostro de la Iglesia habría de verdad cambiado después del concilio Vaticano II. Lo decía el papa Pablo VI en su discurso de apertura a la segunda sesión conciliar, indicando la renovación de la Iglesia como finalidad del Concilio: “A nuestro juicio, tal renovación debe arrancar igualmente de la conciencia de las relaciones que unen a la Iglesia con Cristo. La Iglesia, como hemos dicho, quiere buscar en Cristo su propia figura. Si después de esta contemplación descubre en su rostro o en su vestido nupcial alguna sombra o algún defecto, ¿qué deberá hacer espontánea y valerosamente? Es evidente que no podría hacer otra cosa que renovarse, corregirse, ajustarse mejor a su divino modelo; seguirle a Él es su primer deber”.

Como a menudo sucede en la Iglesia, también sucede para el Concilio; nos hemos contentado muchas veces con afirmaciones de principio, sin seguir empeñados en recibir con profundidad las indicaciones conciliares. **¿Fue superficialidad, miedo, cansancio o desilusiones al ver las dificultades que aparecían después de tantas esperanzas?** Quizá un poco de todo. Ya nada fue como antes, se podría decir. Cada principio

que son miembros de un conjunto misterioso, y que el Espíritu no se mueve sin ellos, sino en ellos y por ellos; que ellos, todos los bautizados, son los sujetos de la vida de la Iglesia, que esta es su Iglesia, que forman parte de ella, que son responsables de su vida y de su acción, que no son extraños ni pueden vivir al margen de ella. **La Iglesia, nuestra madre, ha quitado mucho polvo del que se le había acumulado a lo largo de más de 2000 años de camino, y ha re-aparecido ante nosotros como el manto que nos acoge, nuestra casa y nuestra madre.**

cantares: *“Grábame como sello en tu corazón, como sello en tu brazo; porque el amor es más fuerte que la muerte, la pasión más cruel que el Abismo. Sus llamas son flechas de fuego, intensas llamaradas”* (Cant 8,6).

Se entiende entonces como Pablo pueda decir: *“Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para consagrarla a Dios, purificándola por medio del agua y la palabra. Se preparó así una Iglesia esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, una Iglesia santa e inmaculada”* (Ef 5,25-27). El mismo y ningún otro -como ocurría en las costumbres semíticas- ha elegido a su esposa. El mismo ha lavado los vestidos de la Iglesia haciéndola radiante con su sangre (cf. Ap 7,14). El mismo ha proveído la dote de su esposa, que es el Espíritu con todos sus dones. El mismo, fiel hasta la muerte, ha hecho capaz a su esposa de su amor, porque *“al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones”* (Rom 5,5).

14

III

La Iglesia madre de muchos hijos

- 15 La tradición iconográfica muchas veces representa a la Iglesia como una mujer que, a los pies de la cruz, recoge en el cáliz el agua y la sangre que brotan del costado de Cristo. Se trata de una ampliación de la tradición joánica que ve a María y al discípulo que Jesús amaba a los pies de la cruz, como inicio de la Iglesia que se manifestará plenamente en Pentecostés. Será aquel el momento en que la Iglesia sea plenamente manifestada, el que es recogido por Lucas en una instantánea sacada en el lugar más familiar de todos: *“subieron al piso superior donde se alojaban; eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Zelota y Judas el hijo de Santiago. Solían reunirse de común acuerdo para orar en compañía de algunas mujeres, de María la madre de Jesús y de los hermanos de este”* (Hch 1,13-14).
- 16 Como esta familia crecía, es el mismo libro de los Hechos de los apóstoles el que explica, después del don del Espíritu, esta manifestación: *“Pedro, poniéndose de pie junto con los once, levantó la voz y declaró solemnemente”* (Hch 2,17) que se estaba cumpliendo

Señor Jesús. En ella, no hay nadie que tenga licencia para imponerse a los demás. No hay fieles de primera y de segunda, ni esclavos ni libres. Hay diversidad de ministerios y de gracias; pero, en cuanto a la dignidad, la igualdad es total (LG 9 y 32; c. 208). Por ello, los fieles laicos y pastores tienen que estar muy vinculados: ni los pastores sin los fieles laicos ni los fieles laicos sin los pastores. Esta ha sido una de las más grandes y luminosas aportaciones que nos ha entregado el concilio Vaticano II.

Se dice de los primeros cristianos que *“eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles”* (Hch 2,42). Querían conocer a Jesús para amarlo, conocerlo más y más para amarlo más y más, porque puede haber conocimiento sin amor, pero no amor sin conocimiento. *“Nadie ama lo que no conoce”* (San Agustín, 359-430). **¿Cómo se puede vivir una relación personal y amistosa con una persona a la que se desconoce totalmente? ¿Cómo se puede amar a una Iglesia que se desconoce? ¿Cómo se puede uno integrar a un proyecto salvador si no ha experimentado la salvación? ¿Cómo hablar de Jesús a los hombres y mujeres si uno mismo no se ha encontrado personalmente con él?**

Pero, gracias a Dios, como Iglesia vamos tomando conciencia de que somos una comunidad viva, en la que vive y actúa el Espíritu de Jesús. Muchos hermanos y hermanas comienzan ya a comprender

todos los fieles cristianos, y no solo los sacerdotes y la jerarquía eclesiástica en general, los que tengan el deber de testimoniar la fe y hacer de puente entre los hombres y Dios, con su palabra y con la vida vivida en fidelidad al Evangelio.

- 37** Por ello es necesario tener muy alta la consideración del valor y de la belleza del sacerdocio común de los fieles. Solo así se podrá comprender la Iglesia verdaderamente por aquello que ella es: no una agencia de servicios religiosos (una ONG, en palabras del papa Francisco) que los sacerdotes administran a favor de los creyentes que necesitan de su servicio, sino un pueblo enviado por Dios al mundo para ser *'sal', 'luz', 'fermento'*, para que todos puedan encontrarlo y vivir en comunión con Él en la reconciliación, en la justicia y en la paz. En la Iglesia todos tenemos la responsabilidad de la misión y todos somos protagonistas de ella. Allí donde el cristiano trabaja y vive, la Iglesia hace su servicio al mundo a través de todo aquello que ella realiza por el bien de los hombres y mujeres.
- 38** No cabe duda que, en la medida en que el cristiano más se convence de ésta su vocación, más empeño pondrá dentro de su comunidad para hacerla vivir y prosperar, compartiendo y participando con todos los hermanos y hermanas, sin centrarla solo al cuidado del sacerdote.
- 39** En la Iglesia no hay distinción entre clérigos y fieles laicos porque todos profesamos la misma fe en el

la profecía del profeta Joel en donde Dios dice que en los últimos días *"Yo derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres"* (Jl 3,1). A quien acepta a Jesús como Señor, el Espíritu le regala la vida nueva, aquella de los hijos, que rescata de toda esclavitud: *"todos ustedes son hijos de Dios en Cristo Jesús mediante la fe, pues todos los que han sido consagrados a Cristo por el bautismo, de Cristo han sido revestidos. Ya no hay distinción entre judío y no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús"* (Ga 3,26-28).

La identidad de la Iglesia como comunidad de salvados se funda sobre esta conciencia: el Espíritu derramado por Cristo glorificado no solo borra los pecados, sino que ensalza a una vida nueva, libre, a la medida de la libertad de Cristo: *"Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor hay libertad. Por nuestra parte, con la cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa, como corresponde a la acción del Espíritu del Señor"* (2Cor 3,17-18). El unigénito Hijo de Dios se ha convertido en el primogénito entre todos los hermanos (cf. Rom 8,29). *"Porque todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo"* (1Cor 12,13).

"El nombre de cuerpo, dice J. B. Bossuet (1627-1704), nos indica cuán de Jesucristo es la Iglesia; el título de esposa, a su vez, nos indica que le ha sido algo extraño y que Cristo

la ha buscado voluntariamente. Porque uno no elige su cuerpo, pero sí a su esposa. Eso es lo que pone de manifiesto el amor gratuito de Jesús por su Iglesia. De esta manera la expresión de esposa nos hace ver la unidad por amor y por voluntad; y la de cuerpo nos lleva más bien a comprender la unidad como algo natural”.

- 19 Por la acción del Espíritu Santo, la Iglesia es el cuerpo de Cristo, del cual Cristo es la cabeza (cf. Ef 1,22; Col 1,18), *“A él se debe que todo el cuerpo, bien cohesionado y unido por medio de todos los ligamentos que lo nutren según la actividad propia de cada miembro, vaya creciendo y edificándose a sí mismo en el amor”* (Ef 4,16). Es el templo de Dios construido con piedras vivas (cf. 1Pe 2,5), *“edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas siendo el mismo Cristo Jesús la piedra fundamental, en quien todo el edificio, bien trabado, va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor, y en quien también ustedes van formando conjuntamente parte de la construcción, hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, morada de Dios”* (Ef 2,20-22). Es el nuevo pueblo de Dios, *“descendencia elegida, reino de sacerdotes y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que los llamó de la oscuridad a su luz admirable”* (1Pe 2,9). Es la esposa de Cristo purificada *“por medio del agua y de la palabra”* (Ef 5,26).

- 20 Los Padres de la Iglesia han amplificado estas imágenes, sobre todo han insistido sobre el tema de las bodas entre Cristo y la Iglesia: **desde el inicio hasta el final de la Biblia no hay personaje**

de sus hijos, cuando lucha por la justicia, la paz y la reconciliación entre sus semejantes, cuando no abusa del servicio que se le ha confiado, cuando coopera a las iniciativas de su comunidad cristiana, cuando comunica a los amigos, a los familiares, a los colegas su fe..., en realidad ofrece a Dios su vida, como hace un sacerdote que ofrece a Dios un sacrificio por el bien de todos.

Esto es particularmente verdadero cuando su empeño cristiano le pide el sacrificar sus intereses personales y particulares, a veces hasta la pérdida de la vida, por amor a Dios y a los hermanos. Con todo ello, el cristiano hace presente hoy aquella mediación entre Dios y el mundo que Jesús ha realizado en su vida y en su muerte. Al centro de este vivir sacerdotalmente o *‘en cristiano’* está naturalmente la premura de expandir en torno a sí, en el ambiente en que se vive, la propia experiencia de fe en Jesús ofreciendo la posibilidad de encontrarlo, de creer en él y de vivir en comunión con Dios, convencido que *“Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestras palabras y obras es nuestro gozo”* (DA 29).

Hoy, empeñados en ser una *“Iglesia en salida”*, es fuerte la necesidad de hacer realidad una Iglesia atenta a todos aquellos que aún no le pertenecen y que son los primeros destinatarios o interlocutores de su misión. De allí deriva la urgencia que sean

VI

Todos somos Iglesia

- 33** Todos los cristianos, en cuanto unidos a Jesús por la fe y el bautismo recibido, participan de su carácter sacerdotal y con él, animados por el Espíritu Santo, hacen de las acciones de su vida, impulsadas por el amor, una permanente ofrenda querida por Dios. San Pedro en una de sus cartas dice que los cristianos son como un templo habitado por el Espíritu Santo, en el cual ellos, como un pueblo sacerdotal, se entregan como ofrendas espirituales al Padre (cf. 1Pe 2,4-5).
- 34** Hay, por tanto, un sacerdocio común a todos los bautizados en Cristo, que no se expresa primeramente en los ritos litúrgicos, sino en los hechos vividos en unión con Jesús y en su seguimiento. Así el pueblo cristiano tiene una función de mediación entre Dios y el mundo, por cierto no en virtud de mágicos poderes, sino solo porque vive unido a Cristo y expresa su fe, con su acción en medio de los hombres. Cuando el cristiano o la cristiana desarrolla su trabajo con competencia, con profesionalismo y generosa dedicación, cuando busca y coopera al bien común en su contexto social y político, cuando vive en el amor fiel en su unión matrimonial y cuida con dedicación el crecimiento

femenino que, por algún motivo, no simbolice a la Iglesia, sostiene el teólogo francés Henri de Lubac, s.j.(1896-1991) ilustrando la eclesiología de los Padres. Rajab, Tamar, Rut, Betsabel –las mujeres, no ciertamente reflejos de virtud, que componen la genealogía de Jesús-, son signos de la Iglesia descrita como *casta meretrix*, porque rescatada del pecado ha sido constituida “*santa e immaculada*” por Cristo. La Iglesia es, sobre todo, la nueva Eva sacada del costado del nuevo Adán dormido sobre la cruz, que regala nuevos hijos a la esposa que ha sido lavada y purificada con el agua y la sangre surgidas de su costado: “*Un pueblo consagrado al cielo ha germinado aquí de un semen sublime*”, refiriéndose a la fuente bautismal, recita una inscripción del siglo IV; que continua con un lenguaje inimaginable hoy: “*la Iglesia que se genera en modo virginal de estas aguas, entrega los hijos después de haberlos concebido con semen divino*”.

Para explicar este nacimiento, los Padres de la Iglesia comparan a la Iglesia con María virgen. El paralelismo fue muy recurrido, y lo encontramos especialmente en autores medievales como, por ejemplo, el monje cisterciense conocido como el beato Isaac (Abad del monasterio de Stella, 1100-1169), quien escribe esta bella página: “*María y la Iglesia son una madre y muchas, una virgen y muchas. / Ambas son madres, ambas son vírgenes; ambas conciben virginalmente del Espíritu Santo. Ambas dan a luz, para*

Dios Padre, una descendencia sin pecado. María dio a luz a la cabeza sin pecado del cuerpo; la Iglesia da a luz por el perdón de los pecados al cuerpo de esa cabeza. Ambas son madres de Cristo, pero ninguna de las dos puede, sin la otra, dar a luz al Cristo total. / Por eso en las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se entiende en general de la Iglesia, virgen y madre, se entiende en particular de la virgen María; y lo que se entiende de modo especial de María, virgen y madre, se entiende de modo general de la Iglesia, virgen y madre” (Sermón 51).

del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4), es decir, un pueblo cuyo origen es la Trinidad misma y por esto llamada a vivir según la comunión trinitaria; es “germen y comienzo de este Reino en la tierra” (LG 5), grey, campo de Dios, viña elegida, edificio de Dios y su familia, templo santo y esposa de Cristo, cuerpo de Cristo (cf. LG 6-7) y su “sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1); “Este pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo... La identidad de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Su ley es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó. Su destino es el Reino de Dios” (LG 9); es la Iglesia de los peregrinos, que en sus sacramentos y sus instituciones lleva la figura fugaz de este mundo. Está adornada de verdadera santidad, en razón del Espíritu Santo “garantía de nuestra herencia” (Ef 1,14), que nos hace realmente hijos en el Hijo: es la “virgen madre” que “en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga” (LG 65). “La Iglesia avanza en medio de las pruebas y dificultades y se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios prometida por su Señor. Así, no deja de mantener la fidelidad perfecta a pesar de la debilidad de la carne, sino que permanece como esposa digna de su Señor y se renueva sin cesar por la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso” (LG 9).

testimonio de que son hijos adoptivos” (LG 4). Y todavía: “Cristo ama a su Iglesia como su esposa. Él se convirtió en modelo del hombre que ama a su mujer como a su propio cuerpo; la Iglesia, por su parte, obedece a su Cabeza. Pues en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad. Él colma de sus bienes divinos a la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud, para que aspire y llegue a la plena perfección de Dios” (LG 7).

32 La novedad de esta perspectiva no está solo en la descripción más teológica de la Iglesia, con una comprensión más amplia de los temas y de los datos bíblicos y patrísticos, sino, sobre todo, en la diversa comprensión de las relaciones al interior de la Iglesia. **Mientras la teología pre conciliar marcaba la importancia de las funciones, insistiendo por tanto sobre las diferencias entre los miembros de la Iglesia (clérigo / laico), el Vaticano II pone en evidencia sobre todo la radical igualdad entre todos los bautizados antes de cualquier otra consideración o diferenciación vocacional, estado de vida, función o ministerio.** Paradojalmente, el descubrimiento más feliz del Concilio es que no existe título más grande de pertenencia a la Iglesia que ser hijo de Dios: en la Iglesia *“comunidad de fe, esperanza y caridad”* (LG 8); el principio fundante es la igual dignidad de todos los bautizados, de la cual desciende la *“universal vocación a la santidad”* (LG, cap. V).

32 Así la Iglesia es el pueblo de Dios unido *“por la unidad*

IV

La Iglesia, madre con hijos díscolos

Muchos dirán que hablar de la Iglesia en estos términos es como relatar una fábula a los niños, o como construir una secuencia fotográfica retocando en el computador las imágenes. **La realidad es, sin embargo, muy distinta: como toda institución, la Iglesia es condicionada por la pobreza de quienes forman parte de ella y ensucian sus vestidos radiantes con los compromisos, los escándalos, los pecados.** Con ocasión del Jubileo del año 2000, el papa Juan Pablo II pidió perdón por los errores de la Iglesia, tanto del pasado como de su tiempo; también, el papa Benedicto XVI lo hizo en varias ocasiones con motivo y con poca vergüenza por los escándalos de algunos ministros de la Iglesia; también lo ha hecho durante su pontificado el papa Francisco. **Nuestra Iglesia en Chile, tanto la Conferencia Episcopal como los obispos en forma individual -incluido el suscrito-, también lo ha hecho en varias oportunidades, ya sea en prédicas o en escritos oficiales.** Si en el pasado el malestar se manifestaba con una respuesta áspera que comparaba a la Iglesia

con Babilonia, la “gran prostituta” (cf. Ap 17,1-5; 19,2), “lugar” de todas las maldades, hoy el descontento en las confrontaciones con la Iglesia parece pasar por la elección del abandono de la pertenencia a la Iglesia, ya sea éste meramente práctico o por medio de la formal apostasía.

23 Lo que sorprende de muchas personas –católicas y no católicas- es la incapacidad de ver más allá, el ver y contemplar detrás de los aspectos visibles –muchas veces opacos- la dimensión misteriosa de la Iglesia, como si todo se agotara en la realidad institucional. Se trata de un reflejo condicionado que viene de muy lejos y tiene que ver con las vicisitudes que han marcado a Europa desde el Medioevo en adelante. En el sacro romano imperio, sin embargo, poder espiritual y poder temporal estaban inseparablemente unidos: los obispos eran también funcionarios del imperio. Este hecho había dado origen al sistema de la investidura laica: el emperador ejercitaba el derecho de conferir las insignias (anillo y báculo), sobre todo a aquellos obispos que, en calidad de grandes electores, podían reforzar su poder. De este modo él condicionaba –y de alguna manera imponía- la elección de un candidato.

24 La investidura laica no era más que la punta del iceberg de un sistema corrupto, fundado sobre la vergonzosa compraventa de los cargos eclesiásticos, con un mecanismo muy similar al del cohecho

de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, el grupo visible y la comunidad espiritual, la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano” (LG 8). Esto porque la Iglesia es comprendida analógicamente a través del misterio del Verbo encarnado: “así como la naturaleza humana asumida está al servicio del Verbo divino como órgano vivo de salvación que le está indisolublemente unido, de la misma manera el organismo social de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo, que le da vida para que el cuerpo crezca” (LG 8). Sin el Espíritu no hay Iglesia; es más, solo donde está el Espíritu del Señor existe la Iglesia, como decía san Ireneo (130-200/208): “ubi Spiritus, ibi Ecclesia”.

Después de siglos de silencio, el concilio Vaticano II redescubre la presencia y la acción del Espíritu en la Iglesia: “Esta aparece prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos” (LG 2). Si es verdad que “del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia” (SC 5, que retoma a san Agustín) es porque el mismo Cristo Señor, glorificado a la derecha del Padre, infunde su Espíritu “para santificar continuamente su Iglesia”, porque “el Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los creyentes como en un templo, ora en ellos y da

31

V

La Iglesia del Vaticano

II

29 El concilio Vaticano II (1962-1965, convocado e iniciado por el papa Juan XXIII, 1881-1963, y continuado y concluido por el papa Pablo VI, 1897-1978) –del cual todos hoy somos herederos– ha vuelto a hablar de la Iglesia con el lenguaje de las Escrituras y de la tradición más antigua, abandonando el vocabulario frío e impersonal de los manuales pre-conciliares, para recuperar finalmente una visión más misteriosa y sacramental de la Iglesia.

Para darnos cuenta de este cambio de vocabulario basta citar la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia cuando explica: “*la naturaleza genuina de la verdadera Iglesia, cuya característica es ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; de modo que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos*” (SC 2).

30 La constitución sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, desarrolla esta idea precisando que “*la sociedad dotada*

actual: para acceder a un oficio eclesiástico –y a la correspondiente renta– se pagaba al obispo una verdadera y propia parte, con una tarifa establecida, que unía en el abuso a quien vendía y a quien compraba. Era el llamado pecado de simonía, del nombre Simón “el Mago” (cf. Hch 8,9-25), que había ofrecido a los apóstoles el dinero para comprar el poder de los milagros.

Contra esta situación de abuso lucharon los protagonistas de la “*reforma gregoriana*”, del papa Gregorio VII (1020/1025, papa 1073-1085), quien más que ningún otro la promovió, en nombre de la libertad de la Iglesia (*libertas Ecclesiae*). Los vestidos de la esposa de Cristo no podían ser ensuciados por el pecado de sus ministros, decía el monje Pedro Damiano, o.s.b. (1007-1072); y el abad de Montecassino Bruno de Segni, o.s.b. (1047-1123) escribía que la Iglesia es la esposa adornada con las joyas de la fe, de la esperanza, de la caridad y de toda virtud, las que resplandecen en la vida santa de sus miembros. Esta fue una gran idea de Iglesia –en evidente continuidad con el pensamiento de los Padres– que sostuvieron estos hombres en una lucha desigual contra un sistema consolidado por siglos.

Sobre este punto el encuentro entre los dos máximos poderes de la cristiandad fue durísimo. La victoria favoreció al papado, que consolidó su posición de

dominio hasta construir una verdadera y propia teocracia, pero el precio pagado fue enorme: con el cambio de las partes –ya no era el emperador el elector de los obispos, sino el Papa quien consagraba emperadores, reyes, príncipes y obispos-, el Papa es visto como un rey que domina a sus súbditos, la Iglesia como una institución gobernada por una curia papal, donde crecía la concentración del poder y no pocas veces también la corrupción. No fueron suficientes los reclamos de grandes santos y santas como Clara de Montefalco (1268-1308) o Catalina de Siena (1347-1380), para evitar el dolor de ver a dos papas legítimamente elegidos combatir entre ellos, lacerando la túnica inconsútil de Cristo en aquello que recibió el nombre de cisma de Occidente (1378-1418). La cristiandad obligada a elegir entre dos obediencias fue asimilada a un cuerpo con dos cabezas, prácticamente un monstruo.

- 27 El descontento difundido hacia la jerarquía eclesiástica conoció su éxito extremo con la Reforma protestante, que negó toda mediación eclesial, entendiéndola como obra humana que usurpaba la obra de Dios en Cristo. Contra la posición de los reformadores, que proclamaban una Iglesia invisible, del Espíritu (“*porque únicamente el Espíritu conoce a los suyos*”), fundada sobre el sacerdocio común de los bautizados, los católicos se empeñaban en defender a espada las prerrogativas de la jerarquía, insistiendo sobre la dimensión

visible e institucional de la Iglesia. Así la Iglesia –según la célebre descripción del cardenal Roberto Belarmino, s.j. (1542-1621)- era “*una comunidad de hombres unidos por la profesión de la misma fe y por la participación en los mismos sacramentos, bajo la dirección de los pastores legítimos y sobre todo del único vicario de Cristo en la tierra, el pontífice romano...*”. La Iglesia, continúa diciendo, “*es un grupo de hombres tan visibles y palpables, como el pueblo romano o el reino de Francia, o la República de Venecia*” (Controversia IV, Libro III, c.2).

En esta, como en todas las concepciones eclesiológicas siguientes, el vocabulario con que se habla de la Iglesia es siempre y solo aquel jurídico: la Iglesia es medida sobre la base de las relaciones con las otras sociedades; y respecto a aquellas resulta superior –*societas perfecta*, dirán los apologistas católicos-, porque superiores son: su fin (**la vida eterna**), su ley (**la Revelación de Dios**), los bienes que garantiza a sus miembros (**los sacramentos**) y la cabeza que los guía a la salvación (**el Papa**). Por este camino es imposible comprender los aspectos más internos y espirituales de la Iglesia, ya que solo se habla de ella en términos de sociedad, de institución; nunca de pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo. Menos aún se mencionan las figuras de esposa y madre.